

# La democracia sentimental. Política y emociones en el siglo XXI

Manuel Arias Maldonado

Página Indómita

Barcelona, 2016

450 pp.

ISBN: 978-84-944816-5-9

Parece ser que la democracia ha entrado en un periodo de crisis, entendiendo “crisis” en la acepción más idónea del término, como periodo de transformación en el que tanto cabe esperar una fase de mejora como de empeoramiento. En el libro *La democracia sentimental*, presenta Arias Maldonado un elaborado estudio sobre el confuso abanico de propuestas que se ofrecen desde diversas perspectivas, algunas dicen que para regenerarla, otras más humildes, para adoptar las posibilidades de comunicación abiertas por las nuevas tecnologías. Bien un proceso de regeneración, bien de adaptación.

Dos circunstancias han coincidido para dar sentido a esas pretensiones. Una de carácter político, otra de innovación tecnológica. Por un lado, el derribo del muro de Berlín dejó huérfana a una versión maximalista y totalitaria de la democracia, cuyo fundamento se basaba en imperativos impuestos al progreso económico y social que fueron desmentidos por los hechos. Por otro, el desarrollo espectacular de las nuevas tecnologías, que se inicia tímidamente en la fase final de los ochenta y se extiende aceleradamente, impulsada por la industria capitalista, con el nuevo milenio.

En este elaborado libro se aborda este paradójico rumbo de cambio tecnológico y político que traspasa Occidente, poniendo a prueba su hegemonía industrial, política y cultural, para verterlo al mundo. Los medios de comunicación y de transporte globalizan las relaciones sociales, los intercambios económicos no tienen fronteras, las

diferencias culturales conviven en un escenario común. En ese nuevo entorno, los procesos burocráticos se extienden y se simplifican. Las instituciones democráticas quedan forzosamente expuestas a ensayar iniciativas diversas para adaptarlas a esas posibilidades abiertas por la aplicación de las nuevas tecnologías. La idea principal es simplificar los procesos de comunicación entre representantes y electores. La democracia representativa es puesta en cuestión. Responde a una fase histórica en que las grandes distancias de los espacios geográficos impedían la comunicación instantánea y generalizada. Los proyectos de renovación propenden a sustituir la democracia indirecta por la directa, la débil por la fuerte, la jerárquica por la igualitaria.

Arias Maldonado muestra en su análisis, que las diversas propuestas encierran paradojas y que hay que andarse con tiento antes de animarse a adherirse a alguna. El modelo de democracia racional que había inspirado al radicalismo ilustrado podría desembocar en un tipo de democracia plebiscitaria. Pero el devenir de las sociedades occidentales y la experiencia de exportar las instituciones electorales a otras sociedades de tradiciones políticas no homologables, demostró que el electorado consultado en plebiscito o en referéndum es más propenso a dejarse llevar por factores emocionales que por debates reflexivos.

En su libro *The eyes of the people* Jeffrey Green (2009) afirma que, como ahora miramos mientras escuchamos o leemos, desde un punto de vista práctico, la decisión de optar por una u otra opción de gobierno se basa más en la interpretación visual a todos accesible, que en la ponderación de programas que pocos conocen. Se accede a la información a través de la imagen vista en las pantallas más que de la palabra oída. Antes que sujeto deliberativo, el ciudadano es un observador de un espectáculo social. Su mirada es el órgano que decide el voto. La democracia sentimental es el envés gemelo de la democracia ocular.

Arias Maldonado insiste en que la democracia directa no es el equivalente de una democracia deliberativa, aquel proyecto que los racionalistas habían previsto como ideal racional. El reciente desarrollo del entretenimiento informativo, de los populismos, la floración de la post verdad en las redes, decepcionaron las expectativas de usar la te-

levisión, como la incitada por Becker, y las redes, como la descrita por Rifkin, como instrumentos impulsores de una democracia directa y deliberativa. Aunque no examina Arias la ocurrencia de Lévi sobre la emergencia de una “inteligencia colectiva”, cabe conjeturar su distanciamiento.

Arias Maldonado examina los pros y los contras de las distintas propuestas y modelos. Es un trabajo minucioso, con aspiraciones de exhaustividad. La relación se hace por ello fatigosa a veces, y otras, reiterativa. Los mismos temas se cruzan y entrecruzan, se anudan y desanudan a lo largo de capítulos, en general, bien elaborados. Trabajados en fases diferentes e hilvanados como conjunto.

No hay un dictamen preciso porque no puede haberlo. Se advierte la desilusión acerca del proyecto de una democracia racional para realizar esa tarea igualitaria que muchos pretenden rescatar del naufragio marxista. El camino comenzó con la sustitución de la silla del monarca por la hoja de la guillotina. Aunque no fuera un buen comienzo, el nazismo, la Revolución de octubre y la Revolución cultural mostraron cómo el pogromo, el gulag y el maoísmo conseguían igualar, *post mortem*, a millones de ciudadanos. La desmesura inhumana de estas pretensiones quedó en evidencia cuando las multitudes derribaron el muro de Berlín.

Aquí puede hallarse la explicación principal de cómo el sujeto ilustrado perdió su imaginada soberanía como agente del cambio histórico. Aunque algunos han creído ver que una finalidad normativa orienta el potencial de cambio de la tecnología digital, Arias Maldonado suscribe con realismo que las redes no son democratizadoras ni racionales. Su proceso impone una sociedad de relaciones más equívocas, que igualitarias, más emotivas, que reflexivas.

*La democracia sentimental* describe cómo, tras tomar conciencia de sus limitaciones, el mundo posmoderno amplía inusitadamente las paradojas. No tiene sentido pretender que la razón pueda ser una guía práctica del debate democrático. Las razones del corazón se han desbordado. La tecnología ilumina la imaginación, mientras la democracia se contagia de los sentimientos. Los intereses, el espectáculo, la información, la propaganda

habitan en el núcleo de una sociedad que ha perdido la confianza en sus empeños deliberativos. Pero no es substatable. Son constituyentes de la condición humana.

Nada nuevo, volvemos a reencontrarnos en la misma historia de siempre, aunque algunos se prometían que la razón ilustrada estaba llamada a superarla. En realidad, el ideal de la razón fue más una ilusión ilustrada que una razón, porque la condición humana siempre ha sido tan racional como emocional. Comprobado que las reglas del método cartesiano no dan más de sí, el pensamiento hace tiempo que volvió la mirada a Aristóteles. Damasio, Nussbaum, Ryle, el pragmatismo de los actos de habla, han convergido en este diagnóstico. La retórica, donde el *ethos* nutre al *pathos*, y viceversa, gana la partida a la razón pura. Los sentimientos hacen valer su fuerza política. El ciudadano posmoderno descubre que, tanto como un ser racional, es un ser emocional. Lo dijo Aristóteles hace dos milenios y medio. Describe ahora Zubiri cómo la razón es sentiente. Y sorprende que Arias Maldonado, tan detallista en las fuentes, no haya tomado nota de ello.

*La democracia sentimental* es un amplio inventario de los motivos, conflictos y paradojas que nutren este giro de la posmodernidad que recupera la retórica clásica. Su recopilación de fuentes para ilustrar sobre estos cambios es impresionante y no puede ser descrita en su conjunto. Vale la pena seguirlas durante la lectura para ponderar y contrastar la idoneidad de la información suministrada.

En esas condiciones lo importante no está en si la democracia directa tiene ventajas sobre la representativa. Lo decisivo está en asegurar la objetividad de las reglas de juego constitucionales, la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, la estabilidad del Estado de Derecho para que funcione como instrumento independiente del poder ejecutivo en la resolución de conflictos de interés y en la represión de infracciones. La tecnología carece de *vis regenerativa*. No hay atajos para la regeneración colectiva que no pasen antes por la regeneración personal de “la sed de poder”, que decía Orwell.

Luis Núñez Ladevéze  
Universidad CEU San Pablo